

debe ser, á lo que creo, el fin del hombre de bien.

Despues de un silencio de algunos minutos, levantando sus ojos al cielo, exclamó: Dios poderoso y bueno, yo habria deseado prolongar mis dias por el amor de esta criatura jóven, á quien dejo sin apoyo; pero hágase vuestra voluntad y no la mia. Ya la dejo en vuestras manos, y mi confianza en vuestros cuidados por ella me hace soportar con algun valor esta cruel separacion.

Las lágrimas de Amanda corrian. Levantando Fitzalan las manos de su hija que estaban mojadas de ellas, las besaba exclamando. ¡Lágrimas preciosas! Mi querida Amanda, no os afijais tan amargamente por mí; pensad que soy un viajero fatigado, y que el descanso me será dulce. Ella le interrumpió y suplicó que mudase de discurso. El sacudió tristemente la cabeza, apretó las manos de Amanda entre las suyas y dijo.

Escuchadme, mi querida hija, aun algunos momentos. Cuando volveréis á ver vuestro hermano, que yo espero será pronto, aseguralde que moribundo le he dado mi bendicion, la sola herencia que puedo dejarle, pero que él merece, y la que estoy seguro que estimará en grande precio. Por vos, mi querida hija, no dudo que encontraréis un protector y un amigo. Puede

ser que ámbos seais indemnizados algun dia de todo lo que habéis sufrido. La Providencia es justa, y hará felices á los hijos de mi querida y desgraciada Malvina.

La conversacion le habia fatigado. Amanda le ayudó á acostarse, y le instó á tomar algunas gotas de cordial. El consintió; pero miéntras estaba ocupada vertiéndole vuelta de espaldas á la cama, oyó un profundo gemido. La botella cayó de sus manos, corrió á la cama y vió á su padre sin sentido. Ella imaginó que era una debilidad pasajera, y llamó socorro. Mistriss Bryne, su marido y la abuela corrieron. Pusieron á Fitzalan sentado, le frotaron las sienes y las manos con una agua espirituosa. Todo fue inútil, era muerto.

Habiendo Amanda perdido toda su esperanza, se arrojó sobre este cuerpo inanimado, le apretó contra su seno, y ella tambien cayó sin conocimiento sobre la cama.

CAPITULO II.

AMANDA permaneció mucho tiempo sin conocimiento. Cuando volvió en si se encontró encima de un colchon colocado en tierra en un rincon del primer aposento, sin saber efectivamente donde estaba. Ella creia despertar de un sueño penoso, pero al fin recobró su memoria. Viendo á

una persona sentada á su lado, reconoció á sor María, y alargándole la mano le dijo con una voz débil: ¡Qué caritativa sois en venir á visitarme! La buena hermana alborozada de oirla la abrazó tiernamente. Sus caricias conmovieron sensiblemente a Amanda; esta lloró en el seno de la religiosa, y su corazón se halló un poco aliviado.

Sor María no había sabido nada de la vuelta de Amanda al país, hasta que Mistriss Bryne fue á Santa Catalina á buscar algunas ramas de romero para esparcirlas sobre el cuerpo del pobre capitán. Ella había venido á casa de Bryne para saber si podría ser de alguna utilidad á Amanda, y suplicarle en nombre de la superiora y toda la comunidad que viniese á establecerse en el convento.

Amanda le dió gracias por su obsequioso ofrecimiento, al cual dijo que no podía acceder antes de haber llenado unos deberes que las circunstancias le prescribían: manifestó alguna pena por haberla desnudado, y suplicó á sor María que la ayudase á vestir. La hermana se esforzó á disuadirla, pero no pudo conseguirlo; estando resuelta Amanda á pasar el resto de la noche en el aposento de su padre. Ella la vistió (pues los brazos de Amanda le rehusaban este servicio) y le hizo beber un vaso de agua con vino ántes de

dejarla entrar. Al acercarse Amanda se admiró mucho de oír un gran ruido de gentes riendo y cantando, y preguntó espantada á la hermana lo que era aquello. Son, replicó esta, vecinos y amigos del capitán que honran su memoria. Amanda abrió la puerta para tener una explicación de lo que oía; pero cual fué su sorpresa y su horror viendo una multitud de paisanos groseros cercado la cama con todas las apariencias de la embriaguez, riendo, cantando y fumando. ¡Qué espectáculo salvaje para una hija, cuyo corazón se partía por la pérdida de un padre! Ella dió un grito de horror; y arrojándose en los brazos de Sor María, le suplicó despidiese aquella gente.

Sor María acostumbrada á este bárbaro uso, no experimentaba ni horror ni disgusto; sin embargo, hizo lo que Amanda deseaba, y suplicó á estas gentes que se retirasen, diciéndoles que Miss Fitzalan ignoraba sus usos, y á mas que la pobre criatura estaba del todo fuera de sí misma por la violencia de su dolor. Ellos comenzaron á murmurar á esta proposición, y contestaron que habían hecho preparativos para pasar la noche juntos alegremente, y Mistriss Bryne añadió, que si ella hubiese previsto lo que sucedería, el capitán habría podido buscar otro parage para morir, y que lo ménos que él podía

hacer despues de haberles causado tanta molestia era dejarles tomar alguna diversion despues de su muerte con sus vecinos. Jonathan y Kate aunque estaban entre la multitud, juntaron sus ruegos á los de sor María, y la buena Kate les determinó sobre todo á esta complacencia, diciéndoles que probablemente tendrian luego otra ocasion semejante que les proporcionaria la pobre Amanda. Al fin ellos se retiraron, y Amanda y sor María se quedaron solas en el aposento. La débil luz que les quedaba dando una claridad sombría sobre el semblante del muerto, añadia horror á este espectáculo. Amanda se abandonó á todo su dolor, y encontró en sor María una completa simpatía; pues la buena religiosa era conocida por practicar maravillosamente el consejo del apóstol, que quiere que uno lllore con los que lloran, y se alegre con los que se alegran. Ella obtuvo de Amanda la promesa de trasladarse á Santa Catalina despues del entierro de su padre, prometiéndole por su parte quedarse con ella hasta el fin de esta triste ceremonia, para la cual ella iba con Jonathan á hacer todos los preparativos necesarios. Esto fue de gran consuelo para Amanda, la cual en el estado miserable de su salud estaba incapaz de accion: sin embargo, tomó la resolucion de velar cerca del cuerpo cada noche por miedo de

ver renovar la indecente escena que habia interrumpido, y que miraba como un sacrilegio y una profanacion: por la mañana se acostaba. Sor María le tributaba todos sus cuidados; ella quiso tambien velar; pero en esto no manifestó sino su buena voluntad, pues dormia á todo sueño sobre el suelo teniendo la cabeza apoyada sobre los pliegues de su hábito que le servia de almohada. Amanda pasaba tambien la noche en tristes reflexiones, teniendo á la vista los restos de un padre querido. La tarde del dia cuarto despues de su fallecimiento era destinada para su entierro. Amanda le vió encerrar en el atahud con los ojos hechos dos fuentes de lágrimas, y el corazon despedazado de dolor, como si ella le hubiese perdido en este solo momento. El cuerpo fue acompañado por las gentes de la casa, Jonathan, Kate, y algunos respetables colonos de quienes Fitzalan se habia hecho estimar durante su corta administracion, los hombres con bandas y cintas negras en sus sombreros, y las mugeres con cofias del mismo color.

Jonathan que habia sido soldado en su juventud, quiso hacer á Fitzalan algunos honores militares, é hizo poner sobre el féretro su nombre, y su espada. Amanda sufrió horribilmente viendo estos lúgubres preparativos; pero cuando le quitaron el cuerpo, ella no pudo soportar el exceso de su

dolor, y se desmayó en los brazos de sor María.

CAPITULO III.

ESTA buena religiosa tuvo mucha dificultad en hacer volver en sí á Amanda de este demayo. Conoció que seria imposible hacerla conducir de otra manera que en caruaje á Santa Catalina, y cuando el carro que habia servido á la ceremonia lúgubre estuvo de vuelta, colocaron en él á Amanda medio muerta, y la condujeron al asilo que la caridad benéfica de las hermanas le habia ofrecido.

Al llegar fue conducida á la celda de la superiora, quien la recibió con la mayor ternura, y mas patética sensibilidad. Esta acojida sacó á Amanda del estado de estupor en que se hallaba, y le hizo derramar lágrimas de reconocimiento. Procuró parecer mas tranquila, y reconocer los cuidados que tomaban por ella, manifestando que sentia alivio en ellos. Por esta razon no quiso irse á acostar, y se quedó en una pequeña cama de descanso en el aposento de la superiora. Acercaron á ella la mesa del té; esto era todo lo que hubiera querido tomar, pero la exigieron que comiese alguna cosa al mismo tiempo. De toda la comunidad solo dejaron acercar á sor María, atencion delicada para respetar su dolor, y á la que quedó muy reconocida.

Ella habia llegado á Santa Catalina la víspera de la fiesta de la Santa patrona del convento que celebraban siempre con solemnidad. Despues del té, la superiora y sor María se vieron obligadas á ir al oficio en la capilla. Ellas sentian dejar á Amanda; pero esta les disminuyó su pesadumbre, diciéndoles que tenia grandes ganas de dormir. Sor María le trajo una almohada, y se entregó á un profundo sueño hasta que la hubieron despertado unos sonidos dulces y armoniosos. En el primer momento de despertarse estuvo creida que esta música era la que oye el alma que se deshace del cuerpo mortal, cuando es recibida en la mansion de la eterna felicidad.

La capilla de donde venian estos sonidos estaba al extremo de la casa, y llegaban á sus oidos con mas ó ménos fuerza segun los diferentes caracteres del canto. Unas veces era el órgano y otras las voces mas dulces de las hermanas, cantando un himno en honor de su Santa.

Miéntas que Amanda gustaba este ligero consuelo en sus penas, oyó detras de sí un grande suspiro; ella volvió la cabeza y divisó cerca una persona que le pareció asemejarse á Mortimer. Amanda se alarmó, aunque no podia creer que fuese él. La poca claridad que dejaban entrar las ventanas estrechas y circulares del edificio gótico, no permitia distinguir los ob-

